

La tureca reformista murió hace mucho tiempo por más que el traficante Jorge Volio se empeñe en publicar directivas falsas. La masa trabajadora ha abierto los ojos y repudia a sus engañadores. El último aspecto de esa bancarrota es el retiro estruendoso de Juan Rafael Pérez ex-diputado y miembro del Comité Central, quien en artículo que publica ayer en "La Tribuna" declara que se retira por no creer en el movimiento volista.

El Congreso consume sus sesiones discutiendo combinaciones políticas

Los trabajadores del país, los pequeños comerciantes, los empleados públicos y en general todos los elementos empobrecidos de la sociedad, están pendientes de la resolución que el Congreso dé a una serie de iniciativas importantes que reposan cubiertas de polvo en sus gavetas. Sin embargo, al Congreso le importan poco los problemas vitales del país. Su mayor preocupación gira en estos momentos alrededor del problema electoral, vale decir, del futuro reparto del presupuesto nacional. Mientras la miseria del pueblo se intensifica, los señores diputados de la burguesía hacen cálculos sobre el tablero de la política, y se devanan los sesos tratando de descubrir el mejor medio de seguir ordeñando esta vaca lechera que tan buenas cremas les ha venido proporcionando.

La cuestión para nosotros tiene además un carácter sintomático: nos revela la absoluta incapacidad de la clase gobernante para enfrentarse con seriedad a la situación económica y social del país; nos revela la indiscutible decadencia de la clase burguesa-terrateniente que chupa los jugos vitales del pueblo. Y nos recuerda la vida de indiferencia y de francachela de Luis XVI y de sus cortesanos poco antes de que la tempestad revolucionaria estallara y se extendiera victoriosa por Francia y por el mundo.

Las masas trabajadoras del país de preferencia, deben reaccionar ya, y pedir con energía al Congreso burgués que se pronuncie inmediatamente con respecto a las leyes de salario mínimo y de ayuda a los desocupados, que desde el mes de mayo fueron presentadas a su consideración por nuestro Partido, lo mismo que con respecto a nuestra otra ley tendiente a impedir que los comisariatos de las fincas vendan mercaderías a precios más altos que los de plaza y que los patronos paguen a sus trabajadores con fichas y boletos. Esas leyes si resolverían problemas inmediatos de las masas trabajadoras y de las capas medias de la sociedad, mucho más importantes que los porcentajes que el Congreso trata de calcular para la próxima elección de Presidente de la República y que las multas que posiblemente creará para obligar a todos los costarricenses a votar. Al frente de esa inquietud, orientándola y luchando por darle realidad, estarán nuestros diputados, los compañeros Mora y Jiménez Guerrero.

Dicho lo anterior, pasamos a definir nuestra posición frente de las reformas electorales que se discuten, dos de las cuales son en realidad dos atentados escandalosos contra los derechos del pueblo en general.

1.—Con respecto a la medida que se propone hacer posible la elección de Presidente por mayoría relativa, siempre que el candidato victorioso cuente con un tercio de los votos emitidos, ya nuestro camarada Mora expresó nuestro criterio en una de las sesiones de la Cámara. A nosotros nos preocupa poco ese aspecto de los porcentajes para la elección de Presidente de la República. Sabemos de sobra que en Costa Rica, lo mismo que en los otros países de organización capitalista del globo, será siempre el capital quien conquise el Poder por las vías electorales. En Costa Rica, con crecemente, los cafetaleros, los bananeros, los azucareros y los usureros seguirán haciendo Presidentes y Congresos. En consecuencia, las tesis de un medio o de un tercio—que así se han denominado las dos en discusión—tienen para nosotros la misma significación si nos colocamos en un ángulo de realidad. Pero colocado en un ángulo teórico, indiscutiblemente que tenemos que inclinarnos por la tesis de un tercio, desde luego que a un Partido pobre le es más fácil conseguir un tercio de la votación total que un medio. Esa es nuestra línea en este caso, y la hemos adoptado sin ninguna vehemencia, sin gran calor, obedeciendo únicamente a nuestro deber de definirnos ante los problemas que el Congreso discute por poca que sea su importancia para nosotros. Las posibles combinaciones de última hora que otros han tomado en cuenta para definirse en un sentido o en otro, en nuestro ánimo no han pesado nada, desde luego que el Partido Comunista es una organización de clase, que no podrá entrar jamás en pactos ni en componendas con las camarillas dirigidas por la clase enemiga.

2.—Con respecto al voto oligatorio, también nuestro camarada Mora expresó en el Congreso nuestra actitud. No podemos estar con esa reforma. El abstencionismo que hay en el país, lo que significa es que el electorado ha llegado a convencerse, en contacto con la realidad, de la farsa y de la desvergüenza que se ocultan bajo el barniz de nuestra llamada democracia. En el Club Unión o en el Club Internacional, confeccionan los terratenientes del país el grupillo de candidatos capaces de servir más o menos bien sus intereses en el Poder, y luego presentan la lista al pueblo para que escoja. ¿Por qué obligar a ese pueblo a votar por hombres en quienes no cree? ¿Por qué querer que ese pueblo juegue un papel de actor en esa comedia de que hasta ahora venía siendo espectador regocijado? No. La inmensa mayoría del electorado sabe que la decadente democracia, es otra cosa que la democracia de nuestros terratenientes y que las luchas electorales, no son otra cosa que dis-

putas más o menos enconadas pero siempre impregnadas del más repugnante cinismo, de las diferentes camarillas en que está fraccionada nuestra clase explotadora. La prueba de eso es que en las campañas en que ha participado el Partido Comunista, el abstencionismo ha disminuido. ¿Por qué? Porque el Partido Comunista con sus actuaciones y con el vigor de su dialéctica ha sabido llevar a la mente de la masa trabajadora la convicción de una política sana y emancipadora.

3.—El voto público no se ha discutido en la Cámara, pero a lo que parece se discutirá. Carlos María Jiménez, a quien derrotamos ruidosamente en la última campaña electoral, está muy interesado en que el voto público se establezca. El cuenta con la amistad de varios finqueros y patronos, y esa amistad de poco le sirvió en las últimas elecciones ya que los trabajadores al amparo del voto secreto se vinieron con su Partido de clase y lo dejaron a él con tres palmas de narices. Carlos María Jiménez se da cuenta de que en la próxima lucha su derrota será más aplastante, y entonces necesita que los patronos que están con él puedan presionar descaradamente a sus trabajadores y obligarlos a votar contra sus convicciones. Julio Acosta

García también se ha pronunciado por el voto público. Cosa lógica; él es probable candidato presidencial de una camarilla de terratenientes y su lógica tiene que ser la misma de monseñor Jiménez Ortiz. Su actitud por otro lado, guarda perfecta armonía con aquel famoso reportaje en que declaró que el Gobierno debía definir ya la situación del país ametrallando a los comunistas. El cura Jorge Volio, defensor en otra hora del voto secreto, ahora está también contra él. Cuando pretendió hacer una política propia, de engaño a las masas trabajadoras, pero más o menos desvinculada de los terratenientes, necesitó del voto secreto. Hoy que los trabajadores lo repudian, que descaradamente se ha puesto al servicio de esos terratenientes y que anda ofreciéndole a varios de ellos la candidatura según lo confesó en el Congreso, el voto secreto le estorba. Todos estos pontífices del chanchullo político enmascaran sus propósitos con hipócritos pretextos de moralidad. Dicen que el voto secreto prostituye al pueblo. Nosotros declaramos de una vez que el pueblo ha sido prostituido electoralmente por ellos, y que en consecuencia, desde el punto de vista de la prostitución Quien ha situado la maniobra en su verdadero terreno

son ellos veinte veces más perniciosos que el voto secreto, es el explotador de trabajadores Florentino Castro con la siguiente frase pintoresca: "el voto secreto es el arma del comunismo. Hoy por hoy ni el Gobierno ni los particulares saben dónde están los comunistas, dónde tienen el alacrán combatir a los trabajadores organizados en Partido propio dentro de la camisa". Es decir, que, ha dicho abiertamente que el voto público se impone para combatir a los trabajadores organizados en su partido propio, el Partido Comunista. Y ésta es pues la verdad. El empleado público, el de comercio, y el trabajador asalariado, que viven una espantosa esclavitud económica, difícilmente se atreverán a votar contra el Partido de sus patronos públicamente. El estómago juega un papel muy importante en estas cuestiones. Y no hablen de valor moral quienes en la vida no han hecho más que enmascarar su cobardía moral; quienes se han pasado los años de claudicación en claudicación para hacerse de dinero, y de besamanos de frac y de corbata de todas las compañías rapaces que han tenido a bien contratar sus servicios. La realidad es ésta: la libertad en el amplio sentido de la palabra es un mito sin una base de libertad económica. Que el pueblo vea con claridad, cómo esos empedernidos aduladores suyos, se pronuncian en este momento contra su libertad electoral sin el menor pudor y con el mayor descaro.

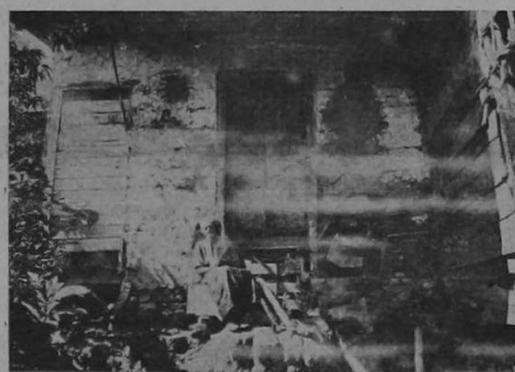
TRABAJADORES DE LA CIUDAD Y DEL CAMPO, PEQUEÑOS COMERCIANTES, PEQUEÑOS PROPIETARIOS, EMPLEADOS PUBLICOS Y DE COMERCIO: LUCHEMOS DECIDIDAMENTE, CUESTE LO QUE CUESTE, POR PONERLE COTO A LA ULTIMA MANIOBRA POLITICA D ELOS TERRATENIENTES DE COSTA RICA. LUCHEMOS CONTRA EL VOTO PUBLICO.

El Dr. Eduardo J. Pinto, Gerente del Crédito Hipotecario, desahucia a la Sra. Gregoria Avilés, de una pocilga sin agua, ni cocina, ni excusado

En nuestro diario contacto con la masa, explotada y triste, en nuestra viva vinculación con el pueblo costarricense, hemos tenido mil veces oportunidad de constatar cómo es de miserable la vida de los obreros y de los campesinos del país. Vida sin alegrías, con el hambre rondando trágicamente alrededor de los hogares; vida tejida con mil pequeñas y grandes preocupaciones, todas engendradas en las entrañas mismas de una sociedad estúpidamente organizada, donde los zánganos viven sabrosamente mientras los que lo producen todo soportan todas las calamidades imaginables. Por estar nosotros tan vivamente vinculados al pueblo, por ser nuestro partido la vanguardia dirigente de ese pueblo, es lógico que hayamos presenciado innumerables casos de miseria y abandono de los explotados, de crueldad y soberbia de los explotadores. No nos hemos habituado a ellos, porque el espectáculo de la injusticia, en quienes tienen el poder y obligador el sentimiento de solidaridad humana, es siempre suscitador de cóleras. Pero si hemos aprendido a ver en todos esos espectáculos de la crueldad capitalista simples consecuencias lógicas de una organización criminal de la sociedad, de una organización que se asienta sobre la espalda aplastada de millones de nuevos parias.

A veces, sin embargo, la injusticia social adquiere caracteres tan acusados; la crueldad capitalista toma tal forma de sevicia, de ensañamiento, que sentimos más a lo vivo que nunca el deseo vehemente de ir pronto a la barricada, para salir de una vez con la más criminal de las clases que ha conocido la historia lo que está debiéndole a la vindicta popular. La hora se acerca; y ante su proximidad, que tiemblan las clases burguesas, porque el pueblo insurreccionado sabrá sacudirlas a todos sus verdugos implacables de hoy.

Todas estas consideraciones — hechas no con el fin de com-



Gregoria Avilés a la puerta de la pocilga de donde quiere lanzarla el Crédito Hipotecario

ver a los verdugos, sino de suscitar cóleras reivindicadoras en sus víctimas — se nos han ocurrido al meditar ante el caso que vamos a contar en la menor cantidad posible de palabras:

La señora Gregoria Avilés de Salazar es una anciana viuda, de 70 años. Tiene esa fisonomía dolorosa de las gentes a quien la vida ha golpeado de firme. Su marido murió hace dos años, después de estar mucho tiempo en la cama, atado a ella por una terrible parálisis. Muerto el marido perdió la casita donde vivían, la cual estaba hipotecada a cualquier ricachón por dos mil y tantos colones. La señora Avilés de Salazar es de nacionalidad colombiana; allí quedó toda su familia y aquí no tenía otro apoyo que el del marido ya muerto. Se encuentra completamente sola, entregada a sus propias fuerzas en bancarrota, fuerzas de anciana de 70 años a quien la vida ha golpeado de firme.

Desde hace algún tiempo, la señora Avilés vive en una covacha destaralada, fea, casi en el suelo, situada 200 vs. al Norte de la Fulpería El Dólar y cincuenta al Oeste. En esa casa pagaba 10 colones mensuales de alquiler, sin luz, sin agua, sin ser-

vicio sanitario, sin cocina. Dos picecitas apenas, agrietadas de humedad, porque el agua llovía se filtra por entre las rendijas de un techo ya desahuciándose. Era dueña de esa "propiedad" una señora, cuyo nombre no recordamos, y la cual se vio obligada a entregarla al Banco del Crédito Hipotecario, en pago de una deuda. Cuando el Banco se encargó de la covacha, envió a un empleado suyo a hablar con la señora Avilés. Conviniere en que seguiría pagando 5 colones mensuales, siempre que se le conectara una paja de agua.

De eso han pasado seis o siete meses. Nunca llegaron a cobrarle a la señora Avilés. Ella tampoco se apresuraba a pagar. No podía hacerlo. Apenas gana al día, cuando mucho gana, la cantidad de cuarenta céntimos, "primerándole" a sus compañeras lavanderas. Esa parte, la más ruda del trabajo de lavado, la hace la señora porque desde bastante tiempo atrás perdió sus clientes propios; y ha tenido que avenirse a ser una especie de socia industrial, pésimamente pagada, de sus compañeras de profesión que han tenido la suerte de conservar su vieja clientela.

Ahora, cuando menos lo esperaba, se presentó a la "casa" de

la señora Avilés un notificador de la Alcaldía Segunda. Traía la boleta de desahucio. Dentro de 15 días tendrá que recoger sus pocos trastos e irse a dormir bajo cualquier alero. Si no, llegará el agente de policía, muy acompañado de esbirros autoritarios, a tirarle a la calle el camastro, las dos sillas, la mesa pobre que forman el ajuar de esta viuda de setenta años.

La demanda de desahucio ha sido presentada al juzgado por el Dr. Eduardo J. Pinto, un derrochador de dinero que se gasta su fabuloso sueldo de más de 2 mil colones mensuales en darse vida regalada. Don Eduardo es un hombre honorable, prestigioso. Se siente "candidatizable" para presidente de la república. Si alguien lo llama criminal, se expondrá seguramente a que lo acoose, por "calumnia e injurias", ante la Corte. Y sin embargo, encargó a cualquier tinterillo vil para que redactara el libelo de demanda que tirará a la calle a una viuda de 70 años, quien debe alquilar de una pocilga a razón de cinco colones por mes...

El libelo de demanda en cuestión es un modelo de ensañamiento; se le pide a la "demandada" que rinda fianza de costas, estimando el juicio en 80 colones. De acuerdo con la ley — con ese Código Civil burgués que es la más acabada legalización de la injusticia — la "demandada" no puede arguir nada en su favor, no puede hacerse oír por el juez, mientras no rinda la fianza pedida. Y cómo podrá hacerlo una anciana que gana cuarenta céntimos al día "primerando" ropa ajena?

Aquí están los hechos. Escuelas, desahucios. Ellos ilustran, una vez más, cómo es de cruel la sociedad capitalista actual. Y cómo es de urgente que los trabajadores, los explotados, los oprimidos, uniéndose en un desesperado esfuerzo libertador, hundan para siempre a este régimen inicuo; y construyan sobre sus escombros una armoniosa sociedad igualitaria.

A LOS CONSUMIDORES DE LUZ DE LA CIUDAD DE ALAJUELA

La sección de Alajuela del Partido Comunista iniciará una campaña con objeto de obtener la rebaja inmediata de las tarifas eléctricas. Estamos pagando DOS COLONES por bomba, precio altísimo. Si en San José se está luchando activamente por pagar menos de la tarifa actual de UN COLON, que es ya crecida, dada la baja general de sueldos y salarios, no se justifica esa pasividad con que los vecinos de Alajuela continúan pagando la insostenible tarifa actual.

En este movimiento por el abaratamiento de las tarifas eléctricas, tendremos un magnífico argumento para estar obligada a pagar los 5.000 colones mensuales de su

esgrimirlo ante la Municipalidad: el de que ésta ya no deuda por concepto de planta eléctrica, por cuanto el Ejecutivo asumió el compromiso de cancelar esa obligación de la Municipalidad de Alajuela.

La sección de Alajuela del P. C. hace un llamamiento a todos los vecinos pobres de la ciudad, sin distinción de ideas políticas, para que la acompañen en la lucha que emprenderá por el abaratamiento de las tarifas de fuerza y luz eléctricas.

SECCION DE ALAJUELA DEL PARTIDO COMUNISTA

Alajuela, 3 de agosto de 1954.

Nuestro No. 100

Este es el número 100 de TRABAJO. Qué simplemente se dice esto! Y sin embargo, cuánta terca labor, cuánto sacrificio están acumulados en este centenar de ediciones de nuestro órgano de prensa.

Recordamos en este momento los comienzos, la iniciación difícil. Nuestro periódico no tenía lectores. Nuestro movimiento era visto con repulsión unánime. Los capitalistas, por intuición de clase, sospechaban ya en el Partido Comunista la fuerza obrera del futuro, la organización potente que iba a liquidar sus monstruosos privilegios. El proletariado nos miraba con una desconfianza profunda, agresiva, porque se imaginaba que bajo nuestra bandera revolucionaria se cobijaban los mismos capituladores, los mismos oportunistas que en cien ocasiones habían comerciado con sus ansias de liberación. Y así, odiados por los de arriba, bloqueados por la masa, comenzamos a desarrollar nuestras actividades, a publicar nuestra hoja de prensa.

En el empeño de publicar y sostener a TRABAJO luchó mucho, en aquellos días difíciles, un compañero ya muerto: Ricardo Coto Conde. En este momento de comentar la publicación de nuestro número 100, le dedicamos un recuerdo emocionado al que figuró como primer director de este periódico.

Aquellos tiempos iniciales, lo repetimos, fueron de mucha dificultad. El periódico se sostenía mediante contribución privada de un grupo de camaradas. Lo regalábamos a los prisioneros; y estos chiquillos, tan entusiastas y tan amigos hoy de nuestro periódico, no se atrevían entonces a aceptarlo ni siquiera en forma de obsequio. Tenían temor de vocearlo. Hay más: los mismos trabajadores a quienes la media docena de comunistas de entonces les obsequiaban nuestra hoja, la rechazaban.

A cuánta distancia estamos de aquella situación! Nuestro periódico se ha impuesto. Ha crecido su influencia con ritmo uniforme al del crecimiento de las simpatías por el Partido Comunista entre las masas explotadas. Su formato es casi el doble del de entonces. De escasos mil ejemplares que para aquella fecha circulaban, hemos subido a cuatro mil ejemplares en la actualidad.

Si nuestro periódico ha logrado extender su influencia y consolidarse es porque ha sabido ser leal a una línea de conducta intransigente. Nuestro periódico, en un medio venal y corrompido, donde el silencio ante los desmanes del fuerte eran norma de conducta unánime de la prensa grande y de la pequeña, ha sido látigo implacable contra toda injusticia. Al mismo tiempo, consecuentes con nuestros deberes revolucionarios, hemos hecho de este periódico cátedra difundidora de los grandes principios doctrinarios que forman la médula del marxismo. La justeza con que hemos seguido esa doble línea fáctica—denuncia resuelta de todas las pillerías y desvergüenzas de nuestra clase capitalista y de su aparato de gobierno; acción clarificadora de la conciencia proletaria del país—explica la creciente popularidad de nuestra hoja.

TRABAJO será, en las nuevas etapas por recorrer, consecuente consigo mismo, fiel a su pasado batallador y limpio. Y mañana como hoy, podremos repetir nuestras jactanciosas palabras de que es el nuestro el único periódico del país al exclusivo servicio de la causa de los oprimidos y de los explotados; y el único que no alquila sus columnas ni vende a nadie silencio.